



Foto: David Eisenberg

“Entregué toda mi vida a la tierra”

Me confesó Alejandro Robaina, el cosechero de tabaco más famoso del mundo, con quien conversé durante cinco horas. “He sido señor y esclavo de ella... Yo veo a la planta de tabaco como algo muy vivo; la trato como si ella entendiera que la quiero...”, me dijo el laborioso campesino con entrañas de poeta.

por Miguel SABATER

Alejandro Robaina es un cosechero de tabaco de Vuelta Abajo. Tiene 86 años y vive en Cuchillas de Barbacoas, en el municipio de San Luis, Pinar del Río. Después de muchos años de bregar con la tierra, a mediados de los años 90 se convirtió en el primer y único representante vivo de una marca de tabaco cubano. Su marquilla, que lleva el nombre *Vegas Robaina*, figura en las cajas de vitolas con una imagen de su rostro usando el típico sombrero guajiro de yarey con un puro en la mano, proyectado ante un idílico panorama de vegas.

Desde hace más o menos una década la fama de este hombre ha venido adquiriendo una dimensión planetaria; pero yo no tenía ni siquiera una pálida idea de su existencia.

La primera vez que supe de él fue en la pequeña tienda de Habanos de Partagás, donde pende un cuadro suyo y otro de Compay Segundo fumando apaciblemente un formidable puro. Algunos días después, leyendo el libro

El Habano al rojo vivo del conocido guionista de televisión Orlando Quiroga, vi en él una entrevista que dicho autor le hiciera al afamado campesino, en la que éste declara: *Tengo mucha fe y mi creencia religiosa me viene de mis padres y abuelos y también de la naturaleza. Estoy en el campo antes de que salga el sol y la armonía con la naturaleza sustenta mi fe, que me ha servido de mucho en momentos difíciles que tiene la vida.*

Esta confesión, y su manifiesto deseo de que no quería morir sin antes conocer a Juan Pablo II, me vinculó sentimentalmente de inmediato al cosechero.

Pocos días después conseguí comunicarme por teléfono con Carlos Robaina, encargado de atender algunos asuntos burocráticos de su padre, con quien coordiné una entrevista.

En menos tiempo del que pensé me vi viajando en automóvil a través de la autopista hacia las tierras de Vuelta Abajo mientras amanecía. Más de 200 kilómetros de carretera para conocer

al cosechero de tabaco más famoso del mundo.

El automóvil dejó atrás los sitios urbanos e industriales de la ciudad para adentrarse más en la autopista, cuya construcción se agradece. Pero a una hora de estar dando ruedas por ella uno termina aburriéndose de tanta solitaria vastedad, falta de ornato y de señalamientos que orienten por dónde se transita. Da la impresión de que se va por cualquier parte del mundo, y llega el momento en que ya poco importan los panoramas con románticos celajes montañosos y emblemáticos palmares. Sencillamente el sueño puja por vencerte...

Las vegas de Robaina están a 17 kilómetros de las afueras de la ciudad de Pinar del Río. El auto sale del pueblo, y apenas ha recorrido un par de kilómetros ya empiezan a verse, a los lados de la carretera que conduce a San Juan y Martínez, los primeros vegueríos que preceden a las entrañas de las pródigas tierras de Vuelta Abajo, donde la vida se empeñó en dar lo más

precioso de su misterio para que floreciera el mejor tabaco del mundo. Entre aquel océano de plantas que alcanzan la altitud de hasta dos metros, sobresalen numerosas casas de tabacos de diversos tamaños y matices, y parcelas cubiertas de blancas telas sostenidas por férreos pilotes, bajo las cuales se cultivan, con la misma pasión y el riguroso oficio que exige un poema, las delicadas hojas de capas que envuelven el Habano.

Kilómetros después de recorrer este denso maremagno de vegas, nace un terraplén de unos 4 mil metros, al final del cual una enorme reja de hierro coronada con el nombre de Alejandro Robaina anuncia la llegada.

La reja estaba abierta. El auto entró al patio. Apenas abrí la puerta del carro, salió a mi encuentro el viejo Robaina vistiendo pantalón azul oscuro, modernas sandalias italianas y camisa de mangas largas de color azul celeste. Viéndolo llegar, ágil y resuelto, me fijé en que eran las diez y cuarto de la mañana del 2 de abril.

Inmediatamente me invitó a que me sentara en uno de los sillones del portal de su casa, y se excusó para ausentarse unos minutos. El día anterior había sido invitado a una recepción en el Hotel Meliá Cohiba, y había regresado tarde en la madrugada para no incumplir conmigo.

Desde el sitio del portal en que yo estaba asistía a un apacible panorama que empezaba de inmediato en el jardín y continuaba en las vegas. A un lado del portal, sobre una mesa, se exhibían diversos libros, revistas y recortes de prensa que trataban sobre el cosechero, reconocimientos y álbumes con fotos que recogían disímiles momentos de sus viajes por el mundo; entre ellas una en que él le entrega al Presidente de Alemania una caja de tabaco mostrando sus puros *Vegas Robaina*, mientras se estrechan las manos. Su hermana Isabel, menuda, baja de estatura y de 91 años, persona muy humilde, trae una botella de vino tinto. La coloca sobre la mesa, en medio de los tantos testimonios de la

fama de su hermano, y me dice que si deseo puedo tomarlo. Es un vino “francés” producido en Finlandia, agradable al paladar, de moderado sabor y suave olor, que lleva el nombre y la imagen de Alejandro Robaina.

-Podemos quedarnos aquí o ir a la otra casa –me dice Robaina disponiéndose para empezar la entrevista. Le digo que puede hacer lo que él prefiera.

La otra casa, construida a unos veinte metros de la que siempre fue de la familia, es donde la celebridad de San Luis atiende a sus visitantes. Una placa dorada sobre la que se grabaron letras negras advierte que se terminó en febrero de 2005. Está pintada de amarillo y protegida por una cerca alambrada. El portal, con sillones barnizados de madera preciosa, da frente a las vegas, al final de las cuales se divisan las cuchillas semejantes a montañas proyectadas contra el cielo que dan nombre a la región. La primera pieza es un salón en que se exhiben una serie de objetos entrañables para el cosechero: admirables humidores, una caja grande para conservar tabacos de la antigua fábrica de Cabañas del primer cuarto del siglo XIX, un cuadro de Robaina del pintor francés Max Fascini, cuya imagen se estampó en un sello de correos de Cuba, entre

otras cosas. Le sigue una sala con cuatro confortables butacas, un sofá, una mesa de centro, y a un lado el bar. Por su funcionalidad esta casa es un pequeño museo y recinto de visitas muy especiales que desean pernoctar. Su ambiente está impregnado de un agradable olor a madera preciosa.

Robaina y yo nos sentamos en los suaves butacones, de frente a otros dos desocupados y a la mesa de centro. En la pared que nos queda al fondo cubierta por cortinas, pende una foto de él con un tabaco y sombrero de yarey en actitud contemplativa, cuya copia fue subastada en mil 500 dólares. Del otro lado una foto en que aparece el cosechero con la nieta de Winston Churchill en los jardines del Hotel Nacional.

Teníamos sosiego y *confort*, pero faltaba el toque perfecto, que lo dio una empleada doméstica al colocar sobre la mesa de centro una bandeja con dos tazas de humeante café criollo, y encendimos un torcido de sus vegas.

Miguel Sabater: ¿Le gusta mucho esta casa?

Alejandro Robaina: Sí, pero vivo en la otra, la que siempre fue de la familia. Esta había que hacerla porque vienen muchos visitantes para conocerme y

Casa de visitas de Alejandro Robaina. Construida a inicios del presente año, se halla ubicada en las vegas del entrevistado. En el portal, a la entrada, aparece de pie Alejandro Robaina.





Monseñor Siro y Robaina:
una amistad de muchos años.

ver las vegas, y aquella no tiene las mejores condiciones.

M.S.: ¿Nació en la otra casa?

A.R.: No. Nací en Alquizar, el 20 de marzo de 1919. Mis abuelos vinieron de Canarias, y compraron estas tierras por 1843 o 1844, y empezaron a cultivar tabaco. Mi padre, al que le decían Maruto, nació y creció trabajando aquí. Se hizo un buen cosechero de capas, que son las hojas que le dan la cubierta al puro. Pero era diabético, y cuando yo tenía 17 o 18 años confió en mí para que me hiciera cargo de casi todo. Mi hermano Jesús era un poco mayor que yo, y también se puso al frente; pero yo era el que dirigía y controlaba porque él es de carácter un poco recogido.

M.S.: Decía que usted nació en Alquizar.

A.R.: Ah, sí... Hubo un ciclón en 1910 que acabó con Pinar del Río, y mi padre se fue allá para dedicarse al negocio de la caña. Allí también sembró tabaco, pero regresó cuando yo tenía cuatro años. Él sabía que donde mejor se da el tabaco en este

país es aquí, y volvió con nuestra familia. Éramos siete hijos, todos muchachos; cinco hembras y dos varones; pero ayudábamos en lo que fuera.

Por aquellos tiempos no se usaba la tela; se ponía como cubridor guano real. El guano se planchaba bien y se tendía sobre la alambrada. Era así como se cultivaba y se recogía la capa, y se trabajaba mucho. Las casas de tabaco no se cerraban hasta la noche.

M.S.: ¿Quién fue Teresa Pacheco?

A.R.: Mi esposa y la madre de mis tres hijos: Juana María, Carlos y Alejandro. También tengo otra hija, Elsa, que adopté y vive en los Estados Unidos.

A Teresa la conocí recorriendo los campos. Ella tenía 14 años y yo un poco más. La visitaba dos horas los domingos, y luego me iba para que le dieran entrada al novio de su hermana. Nos casamos en 1942, y siempre estuvimos juntos, hasta su muerte hace algunos años.

M.S.: Cuénteme cómo fue que se hizo un cosechero tan famoso.

A.R.: Ya desde principio de los años 60 nosotros empezamos a tener mejores cosechas, y se nos conocía nacionalmente. El momento más importante ocurrió por los años 80, cuando la plaga de moho azul echó a perder muchas vegas, y fue cuando tuvimos la mejor cosecha de la historia: el 44 por ciento de capas, y eso llamó mucho la atención.

M.S.: ¿Qué hizo para salvar a sus plantas del moho azul?

A.R.: Yo siempre he cultivado el tabaco a mi modo. Oigo a todos pero hago lo que entienda personalmente.

Nosotros supimos que la plaga andaba acabando por ahí, y decidí fumigar la planta completa y no sólo la parte baja del tallo, que era lo que todo el mundo hacía. Eso dio muy buenos resultados, y salió en los periódicos. Vinieron a ver qué habíamos hecho para salvar las plantas de la plaga. También en todo el mundo se decía que en Cuba se había acabado el tabaco, que por años no habría cosechas... Y la nuestra demostró que no era cierto.

Como yo tenía todos los años muy buenas cosechas, un día me visitaron unos ingenieros agrónomos para ver cómo cultivábamos el tabaco. Ellos también fueron a las granjas de San Luis, las de Pinar y las de San Juan. Sabían el comportamiento de la producción de capas de todos los cosecheros privados de la zona, que andaban por un dos, tres o cuatro por ciento. A mí me recogieron los nueve últimos años de cosechas, y eso dio un promedio de 18 por ciento de capas.

M.S.: ¿Cuándo fue eso?

A.R.: En 1992. Se hizo un informe y luego un folleto que fue presentado en eventos científicos, donde yo explicaba cómo procedíamos en los cultivos y realizábamos las cosechas. Ganamos en todos los niveles, hasta que llegamos al evento más importante en el Palacio de las Convenciones, donde el comandante Pedro Miret apoyó la ponencia y quiso conocerme.

M.S.: ¿Cómo fue que surgió la idea de la marca Vegas Robaina?

A.R.: Parece que el Estado vio en mí a una persona conocida en el giro este del tabaco, y un día vinieron a verme algunos funcionarios, hablaron conmigo y la familia para hacer una marca de tabaco, y todos estuvimos de acuerdo.

M.S.: ¿Cuándo sucedió eso?

A.R.: Año 94 o 95, no sé bien. Entonces fui a Madrid para presentarla en el Hotel Terry. Y al otro día viajé a Barcelona, y la presenté en el Hotel Juan Carlos.

M.S.: ¿Cómo recuerda esa experiencia?

A.R.: Figúrese... Cuando se presenta una marca de tabaco van muchas personas importantes, y verme rodeado de tanta gente que querían conocerme y catar mi tabaco fue algo grande, sinceramente. Luego fui al Líbano y a Egipto. Me llevaron a las pirámides y hasta monté un camello. Yo quería montarlo solo pero no me dejaron. Y después he ido a Italia como siete veces, a Alemania, a Francia, a Canadá, a Argentina... He conocido tantos lugares y personalidades que no me caben en la mente.

M.S.: ¿Usted es el dueño de la marca Vegas Robaina?

A.R.: Yo sólo soy dueño de mí y de mis tierras. Y es muy bueno que usted me haya hecho esa pregunta, porque yo no soy empresario ni magnate; soy cosechero y campesino. El Estado es el que patrocina la marca y dispone de ella, y la familia estuvo de acuerdo en que así fuera. Me compran la hoja, la elaboran, fabrican el tabaco y lo comercializan. Yo lo que hago, cuando me invitan, es representar la marca, sea aquí o en cualquier parte del mundo.

M.S.: ¿Qué dicen los catadores de Vegas Robaina?

A.R.: Mire, es un poco delicado ponerse a hablar de estas cosas, porque cuando yo salgo al mundo lo hago para representar mi tabaco y definiendo todo el Habano. Pero puedo decirle que muchas veces el *Vegas Robaina* ha estado por encima de muchas marcas, y no quiero decir nombres, pero es así.

M.S.: ¿Cómo es un día de Alejandro Robaina?

A.R.: Pues me levanto muy temprano, y lo primero que hago es fumar un tabaco hecho por mí sentado en el portal antes del amanecer. Luego desayuno, y veo los asuntos del trabajo con Maximino, el jefe de campo, un hombre de experiencia que lleva

Yo recibo los mismos recursos que los demás cosecheros. Natural, al que siembra tabaco tapado se le ofrece un poco más; esa hoja es la que da presentación al puro. A veces veo que se necesita un poco más de fertilizante, de insecticida o de tela y voy y compro; pero eso mismo también lo puede hacer aquí cualquier cosechero.

muchos años aquí con nosotros y de plena confianza. Aunque ya yo no ando como antes por el campo, me gusta estar al tanto de todo. Hablo con los peones, veo lo que hacen y cómo lo hacen, voy a la casa de tabaco para chequear la cura, y también miro las plantas. Me gusta mucho ver como va su crecimiento y la forma de la hoja. Luego almuerzo, aunque no tengo horario fijo para hacerlo. Como poco, cualquier tipo de alimento, y no repito las comidas. Sobre todo tomo mucha leche de vaca sin sal, y si puedo me acuesto un rato a la siesta. Cuando tengo visitas se me complica el día. Debía acostarme temprano, pero lo hago a eso de las diez de la noche.

M.S.: ¿Qué tipo de personas lo visitan?

A.R.: Periodistas, artistas de todo tipo, agrónomos, comerciantes, empresarios, turistas... Algunos avisan y otros aparecen de sorpresa. Vienen a conocerme, a tomarse una foto conmigo y a ver las vegas. Yo los atiendo a todos. No me gusta que después de hacer su viaje se vayan sin verme.

M.S.: ¿Es cierto que, a propósito de su fama, querían construir cerca de aquí un motel para turistas y una tienda?

A.R.: Es cierto, pero nosotros no estuvimos de acuerdo.

M.S.: Hay quienes creen que, independientemente de que usted es un cosechero de experiencia, el éxito de sus cosechas se debe a que el Estado le ofrece mejores posibilidades que a otros para adquirir recursos y mantener su marca.

A.R.: Mire, yo recibo los mismos recursos que los demás cosecheros, y eso puede averiguarlo por la zona. Natural, al que siembra tabaco tapado se le ofrece un poco más; esa hoja es la que da presentación al puro. A veces veo que se necesita un poco más de fertilizante, de insecticida o de tela, y voy y compro; pero eso mismo también lo puede hacer aquí cualquier cosechero.

Hay gente confundida y también muy mal pensada... Creen que lo tengo todo, y eso es un cuento. Ahora mismo tenemos un tractor roto, y hay que esperar a que pueda arreglarse. Creen también que tengo muchísimo dinero, y yo le digo que en Cuba, del tabaco, ningún cosechero hace gran dinero. Yo no vivo en la miseria pero tampoco como un rey. El mundo piensa que soy millonario porque represento una marca, viajo y he tratado con presidentes, príncipes y gente de negocios. Pero no es así.

M.S.: ¿Tiene enemigos?

A.R.: Creo que ninguno. Pero la envidia es...

M.S.: Como el moho azul.

A.R.: Ajá, como ese bicho malo.

M.S.: La envidia es una de las consecuencias del éxito, y casi siempre quienes la sienten son los fracasados. ¿Hay otros cosecheros en esta zona tan buenos conocedores del tabaco como usted?

A.R.: De los antiguos cosecheros quedan muy pocos, y sus hijos se han dedicado a estudiar. No han tenido continuadores. Otros se fueron del país y otros han muerto.

M.S.: ¿Pudiera recordar a algunos de ellos?

A.R.: Están Roberto Valdés y su familia, a la que nosotros le decimos

los Valdeses. Francisco Chávez, los Palencia... También Daniel María Rodríguez. Ahora están surgiendo algunos jóvenes muy buenos, que saben escuchar y son muy trabajadores.

M.S.: El Presidente Fidel Castro, considerando que usted dirigía a un grupo de trabajadores que laboran en sus vegas, le sugirió hacer una cooperativa. ¿Por qué no la hizo?

A.R.: Fidel y yo conversamos una media hora. Me preguntó por mi familia, por el cultivo y esas cosas. Cuando supo que yo tenía un grupo de trabajadores me dijo: “¿por qué no haces una cooperativa?”, pero yo no quise. Tengo mi modo de trabajar hace muchos años, y así me ha dado buenos resultados.

M.S.: ¿Cuántos obreros trabajan en su vega?

A.R.: Unos cuarenta peones más o menos, casi la misma cantidad de mujeres que de hombres, y todos son de la zona.

M.S.: ¿Cómo es el régimen de trabajo?

A.R.: Se trabajan ocho horas diarias en diferentes actividades, según la época del cultivo o la cosecha. Se descansa para almorzar y luego se continúa. El almuerzo, la ropa y el calzado para trabajar los ofrecemos gratis. Los trabajadores almuerzan y meriendan la cantidad que quieran, y si necesitan otras atenciones, y está en nuestras posibilidades, también se las damos. Cogen sus vacaciones cuando quieren. El salario es de veinte pesos cubanos y cincuenta centavos de peso convertible diario, y el cobro es semanal.

M.S.: ¿Qué otros derechos tienen?

A.R.: El dueño tiene que reclinarse ante el trabajador. Aquí se les respeta mucho y se les oye. Si toman una decisión soy incapaz de negar sus opiniones. Hace un tiempo vino a pedirme empleo una persona, se lo di y empezó a crear problemas. Los trabajadores se sentían incómodos y se reunieron para sacarlo. La persona vino a hablar conmigo pero yo le dije

que respetaba el criterio de los obreros. No hay nada que hagamos sin que todos estemos de acuerdo.

M.S.: ¿Cómo le pagan las cosechas?

A.R.: Lo que mejor se paga es la hoja para capa, y la mejor del mundo se da en estas tierras. Todo cosechero de tabaco que cultiva bajo tela tiene derecho a recibir un estímulo en divisa si su cosecha pasa de un 9 por ciento de hojas para capas. Pero ese pago se hace según la categoría de la hoja y por cantidad de quintales que se recojan. Hay varias categorías, y cada una de ellas tiene un precio, que se mantiene para cualquier cosechero de capa. Se puede pagar 12, 14, 18 dólares el quintal; pero los hay superiores...

M.S.: ¿Cuántos quintales recoge usted?

A.R.: A veces hasta 200, y algunos de ellos me los han llegado a pagar hasta a 170 dólares. Pero lograr eso es muy difícil. Tiene que ser una hoja perfecta, sin vetas ni hebras, y de esa calidad sólo se recogen pocos quintales. El tabaco es una planta agradecida, no requiere de mucho para darse; pero una hoja excelente no la tiene cualquiera. Como en todo hay años buenos y malos. Este ha sido bueno. Y las buenas cosechas también dependen de factores ajenos a uno, como la temperatura.

**Aquí no se siembra
una mata sin antes
encomendarnos a Dios.
Echamos unas gotas
de agua bendita
en el surco,
y lo hacemos delante
de los obreros, y yo,
en voz baja, digo:
“Dios mío, vamos a
empezar... Ayúdame para
que la cosecha salga
buena y la familia
tenga prosperidad,
y mis obreros puedan
estar contentos”.**

M.S.: ¿Qué cantidad de tierras dispone para el cultivo del tabaco?

A.R.: Tres cuartos de caballería.

M.S.: ¿Tiene mucha demanda el Vegas Robaina?

A.R.: Sí lo creo. Se exporta a más de 40 países. El Habano en general es el mejor tabaco del mundo.

M.S.: ¿Percibe algún beneficio económico por el derecho de marca?

A.R.: Esa es otra pregunta que es bueno responderla. Yo no recibo dinero por la marca, y no me interesa recibirlo. La marca lo que nos da son satisfacciones.

M.S.: ¿Qué satisfacciones?

A.R.: En ella va el nombre y el reconocimiento de todo el trabajo de más de cien años de la familia.

M.S.: ¿Y los viajes al exterior, estar entre selectos círculos sociales? ¿No son satisfacciones?

A.R.: Natural, claro que lo son.

M.S.: ¿Quién patrocina y financia esos viajes de Alejandro Robaina por el mundo?

A.R.: Los que me invitan a presentar la marca en el extranjero.

M.S.: Empresarios.

A.R.: Ajá, y asociaciones de tabaqueros... Gentes de ese giro.

M.S.: ¿Por qué lo invitan?

A.R.: Mi propaganda levanta sus ventas.

M.S.: Además de la marca de tabaco hay sombreros, guayaberas, pullovers Robaina que se fabrican y venden en el exterior. Las guayaberas se hacen en Italia y se venden en más de 40 países ¿Recibe beneficios por ello?

A.R.: Ya le dije que eso no nos interesa. En algunos casos, como cuando se han vendido humidores con mi firma, se me ha dicho que yo puedo reclamar, pero tampoco lo haría.

M.S.: ¿Puede explicarme lo que siente cuando usted fuma su torcido?

A.R.: Cuando yo fumo mi hoja es cuando disfruto plenamente de mi trabajo.

M.S.: Sin embargo, cosecha algo muy dañino para la salud.

A.R.: El tabaco hace daño, pero una hoja que no haya tenido mala

fermentación no es tan nociva. Hay tabaco que se trata con mucha química, y también los cigarrillos. Esos son peores. Pero de todos modos hace daño...

M.S.: Usted es todo un acontecimiento en las fiestas del Habano que se celebran todos los años en Cuba.

A.R.: Siempre me invitan.

M.S.: ¿Qué hace allí?

A.R.: Presentar la marca, conversar con quienes quieren saber del tabaco. Paso muy buenos momentos. Y también firmo muchos humidores. En Alemania firmé humidores por 40 mil euros. Y en una fiesta de Partagás firmé 85 y cada uno se vendió por 1 200 dólares. A veces, si no están firmados por mí, los clientes no los compran.

M.S.: Usted siempre ha sostenido que es un hombre de fe.

A.R.: Mis padres fueron católicos, y nosotros siempre hemos estado ligados a la Iglesia Católica. Mi hija es Ministra de la Palabra, y mi sobrino Frank, el hijo de mi hermano Jesús, fue uno de los que acompañó al Arzobispo de La Habana a Roma cuando lo hicieron Cardenal. Aquí tenemos una capilla que hace muchos años se construyó con donación de los vecinos. La creó el padre Carlos Tejeda por los años 40, y los Robaina siempre hemos estado dispuestos a ayudar en lo que sea necesario.

M.S.: También usted creó una escuela.

A.R.: Eso fue al principio de los años 50. Hablé con una muchacha que había hecho estudios y le pagué para que alfabetizara a los niños de la zona. Esa escuela se hizo en una casa de tabaco. Pusimos unos bancos, yo mismo hice una pizarra, conseguí yesos para escribir en ella y lápices y libretas. Se juntaron como 30 muchachos.

M.S.: ¿Hace algún tipo de contribuciones sociales?

A.R.: Me mandan muchos medicamentos del extranjero. Algunas de esas medicinas son caras y muy necesarias, y yo las distribuyo aquí. Las personas que las necesitan vienen con una receta médica y se las despachamos. También pongo mis automóviles al

servicio de quienes los necesiten por razones urgentes. Atiendo al hogar de ancianos y a los impedidos físicos. Hace poco me mandaron más de diez sillones para inválidos. Los ancianos y los impedidos vienen a visitarme.

M.S.: ¿Usted distribuye todos esos artículos por su cuenta?

A.R.: Nada de eso se hace por mi cuenta. Las medicinas se distribuyen en coordinación con el médico de la zona, que sabe lo que yo tengo y lo que la gente necesita. Los sillones, las ropas y esas cosas las distribuyen autoridades de salud pública. También me mandan libretas, lápices, alimentos...

M.S.: Cuénteme de su amistad con el Obispo Siro.

A.R.: Ah, somos amigos desde hace muchos años. Siro fue cura de esta localidad, y trabajamos juntos. Él pasó por momentos muy difíciles, contradicciones y ese tipo de cosas... usted sabe, y nosotros nunca le dimos la espalda. Siempre se sintió bien entre mi familia. No le tenía miedo al trabajo duro, ni creo que le tenga miedo a nada ni a nadie. Trabajábamos en una finca que se llamaba Santa María. Cultivábamos frijoles, malanga..., y él llevaba parte de su cosecha a las monjitas. Es un hombre sincero, que ha llevado muy bien su Iglesia. Hay un cuento famoso en que estamos él y yo trabajando la tierra. Yo quería sembrar frijoles pero estaba un poco indeciso de que se dieran. Entonces yo le dije: "Oye, Siro, ¿tú crees que estos frijoles nazcan?" Y él me dijo: "Ponle el pie arriba y dile: nace, coño".

M.S.: ¿Cómo usted bendice a Dios?

A.R.: Yo rezo todas las noches. Si no lo hago no duermo. Rezo el Padrenuestro, y hablo con Dios

como ahora estoy hablando con usted. Le doy gracias por mi vida, porque el trabajo marcha, y pido por mi familia, por mis trabajadores, por mis vecinos y mis muertos.

M.S.: ¿Qué piensa de la Iglesia Católica cubana?

A.R.: La Iglesia ha obrado muy bien. Se ha mantenido muy honesta soportando los embates de todas las cosas. Sería una maravilla que la educación también fuera religiosa. Tendríamos otra juventud. Un hombre sin fe es un hombre vacío. El hombre necesita a Dios como las plantas de agua y de sol. La fe me ha ayudado mucho. Aquí no se siembra una mata sin antes encomendarnos a Dios. Echamos unas gotas de agua bendita en el surco, y lo hacemos delante de los obreros, y yo, en voz baja, digo: "Dios mío, vamos a empezar... Ayúdame para que la cosecha salga buena y la familia tenga prosperidad, y mis obreros puedan estar contentos". Por la fe también he podido soportar momentos muy duros, como la pérdida de mi hijo Alejandro, que se nos fue de pronto...

M.S.: ¿Es un hombre feliz?

A.R.: Sí lo soy.

M.S.: ¿Por qué?

A.R.: He trabajado mucho, pero he visto el fruto de mi esfuerzo. Yo he

Al centro: Jesús Robaina (Macho), hermano de Alejandro. Izquierda: Frank. Derecha: José Ángel. Ambos son hijos de Macho. Hace 14 años se dedican al cultivo del tabaco.



Foto: Miguel Sabater

hecho todo el bien que he podido. Jamás le he hecho mal a nadie, y si alguna vez lo hice pido perdón porque fue sin darme cuenta. He recibido y he dado, y he respetado a todos mis trabajadores. Me siento satisfecho, y puedo morir muy tranquilo porque fui buen hijo, buen esposo, buen padre y creo que también he sido justo con mis obreros.

M.S.: ¿Qué siente Alejandro Robaina cuando está solo en una vega?

A.R.: Mire, eso no tiene como explicarse. Yo veo a la planta como un ser muy vivo. La trato como si ella supiera que yo la quiero. Toco sus hojas, las contemplo... Y cuando me siento en el portal de la casa y miro al campo me siento muy satisfecho, porque no hay nada mejor que saber que todo marcha, y que las plantas crecen fuertes y bonitas. Yo he entregado a la tierra toda mi vida. He sido señor y esclavo de ella. Le he servido y ella me ha servido. Nos hemos tratado como un matrimonio, con sus pro y sus contra, pero siempre juntos.

M.S.: ¿Usted prepara su relevo?

A.R.: Tengo a mi hijo Carlos, de 56 años. Él se encarga de algunas cosas pero todavía no conoce muy bien la tierra. Ha vivido muchos años en La Habana, separado de estos trajines. Sólo hace 4 años que está aquí conmigo. El perro nuevo aprende fácil, pero al viejo le cuesta trabajo y hay que enseñarlo. También están mis sobrinos Frank y José Ángel, que son los hijos de mi hermano Macho, que ahora está enfermo. Frank es profesor y José Ángel es enfermero. Hace 14 años que se dedican al cultivo del tabaco, y son muchachos de buen

corazón y muy trabajadores. Está un nieto de quince años, Alejandrino, que estudia, y otro de 28, Hirochi, que es el que sale conmigo por el mundo, y ha pasado cursos de elaboración del tabaco en Partagás y H. Upmann. Ellos serán los que sigan por el mismo camino que empezaron los primeros Robaina, hace ya más de 150 años.

En uno de sus últimos viajes a Italia Robaina intentó conocer a Juan Pablo II sin conseguirlo, ya que una lluvia implacable le impidió acceder al Vaticano. Periodistas y cámaras de una cadena de televisión italiana quedarían esperando una próxima vez para filmar ese contacto personal que ya jamás ocurriría, pues este día en que Robaina y yo tuvimos la entrevista el Papa estaba agonizando.

Eran poco más de las tres y media de la tarde cuando él y yo nos despedimos. El auto fue dejando atrás sus afamadas vegas bajo una llovizna pertinaz. El cielo se había encapotado, y las tierras de San Luis adquirieron un aspecto sombrío. Cuando



Foto: Miguel Sabater

Al centro: Alejandro Robaina.

Derecha: el autor.

Izquierda: Adrián Rodríguez Vázquez, hijo de crianza del entrevistador.

encendimos la radio del auto supimos que hacía unos minutos el Papa había fallecido. Recordé inmediatamente que en aquellos instantes en que Juan Pablo II ganaba definitivamente el cielo, yo le entregaba a Robaina, mientras nos despedíamos, un grande almanaque italiano con admirables ilustraciones del Papa, coincidencia de dos hechos tan distantes que me colmó de asombro. La respuesta que el cosechero dio a mi última pregunta lo explica todo.

M.S.: ¿Qué cosas quiso Alejandro Robaina que nunca pudo lograr?

A.R.: Mire, yo he tenido más de lo que pensé, pero no tuve algo que quise mucho: conocer al Papa, poder darle mi mano. Sin embargo usted me trae este almanaque con imágenes del Papa cuando él está muy malo y ya nunca podré conocerlo; y ese gesto, un día tan triste como hoy, es para mí como un regalo del cielo. Ω

He trabajado mucho, pero he visto el fruto de mi esfuerzo. Yo he hecho todo el bien que he podido. Jamás le he hecho mal a nadie, y si alguna vez lo hice pido perdón porque fue sin darme cuenta. He recibido y he dado, y he respetado a todos mis trabajadores. Me siento satisfecho, y puedo morir muy tranquilo porque fui buen hijo, buen esposo, buen padre y creo que también he sido justo con mis obreros.